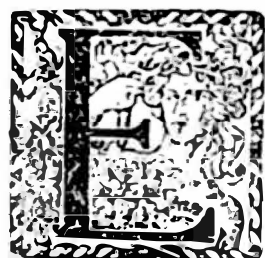


Guillermo Feliú Cruz

## Dos Criterios Históricos: Barros Arana y Encina



EN los sesenta y dos años corridos entre 1844 a 1906, se produjo un extraordinario florecimiento de nuestra literatura histórica; Vicuña Mackenna, Amunátegui y Barros Arana, en una valiosa serie de trabajos especiales, adelantaron considerablemente la investigación desde el punto en que la habían dejado Gay y las memorias universitarias de Benavente, García Reyes, Santuente, Errázuriz, Santa María, Tocornal, Concha y Toro, Lastarria y Salas. Pero a pesar del mérito indiscutible de la mayor parte de estos trabajos, y de la luz que proyectaron sobre nuestro pasado, no ofrecían base suficiente como para asentar sobre ellos una historia general de Chile. Sin embargo, Barros Arana creyó poder llenar las grandes lagunas que dejaban esos trabajos, completándolos con su propia investigación; y los refundió en su *Historia General de Chile*, en que realizó el mayor esfuerzo desplegado hasta hoy, por un escritor hispano-americano, en el terreno histórico. Sesenta años más o menos, consagró Barros Arana a la investigación de esa monumental historia.

Aunque el material de que dispuso Barros Arana, pareció enorme a su generación, se destaca hoy muy pobre delante del acumulado en los otros sesenta años corridos entre 1880 y

1940. La sola *Colección de Documentos para la Historia de Chile*, de Medina, que consta de 30 volúmenes impresos y los 150 tomos de manuscritos que se conservan en su biblioteca; y además, la de Morla Vicuña, la de Vicuña Mackenna, la de *Historiadores de Chile*, del período colonial, la del *Arzobispado de Santiago* y la de *Historiadores y de Documentos de la Independencia*, iniciada por Matta Vial y proseguida por nosotros, para no nombrar sino las principales y más generales; los archivos de la Capitanía General, de los Jesuítas, de la Real Audiencia, los Notariales, y todos los documentos del Gobierno y de la administración, han sido clasificados y se les ha confeccionado índices, que facilitan en mucho su consulta.

Los estudios de crítica histórica de Thayer Ojeda y de varias decenas más de investigadores, llenan muchos volúmenes de la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, del *Boletín de la Academia de la Historia*, de los *Anales de la Universidad* y de publicaciones independientes. Medina, Errázuriz, Bulnes, Ignacio Santa María, Sotomayor Valdés, Pascual Ahumada Moreno, Alberto Edwards, Amunátegui Solar, Greve, Fuenzalida Grandón, Frontaura, Salas Edwards, Montaner Bello, Alemparte, Ricardo Donoso, nosotros mismos, y veinte escritores más, han narrado períodos o aspectos especiales de nuestro desarrollo histórico, o escrito biografías de los principales personajes. Naturalmente, estas historias son menos novedosas que las de la primera vendimia; pero, en general, son sólidas y completas.

Desde hace algunos años, este enorme material estaba pidiendo una síntesis: una obra central que organizase la abundante cosecha de los investigadores en una nueva interpretación de nuestra historia. Se creyó por algún tiempo que el trabajo lo realizaría Alberto Edwards, que parecía el mejor dotado, desde este punto de vista, entre nuestros intelectuales. Falleció, sin embargo, dejándonos sólo su *Historia de la Administración Montt* y sus valiosos estudios sobre la *Fronda Aristocrática*, los *Partidos políticos* y la *Organización política de Chile*.

La obra que Edwards proyectaba ha sido llevada a término por Francisco A. Encina, que venía preparándola desde hacía largo tiempo, por lo menos desde hace veinte años, casi enteramente al margen de lo que pudiéramos llamar el ambiente oficial de los estudios historicográficos en doce volúmenes, que abarcan desde la pre-historia, hasta 1891, inclusive. El primer volumen que el Editor Nascimento acaba de entregar a la circulación, empieza con un capítulo dedicado al medio físico, que a nuestro juicio, es sencillamente magistral. No sólo excede mucho a cuanto se había escrito en Chile sobre la materia, sino que llamaría la atención como portada de las grandes obras maestras de la literatura histórica europea. Pocas veces en la descripción de un país, se ha aunado tan felizmente la profundidad, la animación y la sencillez. El lector que no se forme idea exacta del territorio chileno y de su valor sociológico a través de este capítulo, no se la formará con la lectura de una biblioteca geográfica.

Siguen dos capítulos consagrados a la prehistoria. Nada, absolutamente nada, de lo que escribió Barros Arana queda en pie. Por lo demás, es la parte más débil de su obra. Encina resume, en forma clara y amena, los resultados de las investigaciones de Uhle, Latcham y demás antropólogos. Comprueba que en las grandes líneas está de acuerdo con los datos históricos que Barros Arana no conoció o desestimó; pero en los detalles sólo los acoge provisionalmente.

Los capítulos siguientes abarcan el descubrimiento y la conquista desde Almagro hasta el primer gobierno de Rodrigo de Quiroga, o sea el único período de la Colonia que hasta hoy había sido estudiado a fondo. No cabía añadir novedades. Salvo pequeños detalles, que una historia general o central no puede recoger sin desnaturalizarse. Encina, lo mismo que el señor Errázuriz, se limita a explotar concienzudamente, pero desde otro punto de vista, la documentación acumulada por Medina, en vista de nuevos datos y la rectificación de errores sin ma-

yor importancia que, espontáneamente, le han venido a las manos.

Aunque en este primer volumen ya se destaca con bastante relieve el criterio histórico del autor, la circunstancia de haber tenido oportunidad de leer los capítulos fundamentales de los volúmenes siguientes nos ha permitido formarnos conceptos sobre algunas normas historiográficas que presiden la confección de esta nueva historia de Chile, y que sólo adquieren importancia a partir de los siglos XVII y XVIII.

Las posiciones de Barros Arana y de Encina delante de los documentos empiezan por dos acuerdos fundamentales, para divorciarse después con violencia. Ambos conceden importancia capital a la investigación. Para el primero, si no se establecen sólidamente los hechos, la historia es el más fútil de los géneros literarios. «Nunca — decía el segundo en 1936— se llevará demasiado lejos la investigación, siempre que la presida el criterio del historiador»; y hace poco repetía el concepto en esta frase lapidaria; «Sin investigación, no hay historia». Y predicando con el ejemplo, de los doce volúmenes (que a nuestro juicio habría convenido reducir a seis) consagra no menos de ocho a establecer los hechos que sirven de cimiento a las síntesis.

Este criterio tampoco los divide a fondo. Según Encina, el historiador, lo mismo que el investigador necesita trabajar sobre el documento original. Pero debe acercarse a él con criterio distinto. En vez de pedirle novedades, que en una documentación ya explorada, nunca van más allá de detalles baladíes, inadvertidos o desestimados por los predecesores, debe expresar su contenido y formarse una imagen fiel y viva del pasado. Mientras más conocido y trillado sea el documento, tanto mejor, porque seguramente su contenido será más importante. Necesita, en seguida, escoger los datos, los sucesos y los hombres que mejor la simbolicen, a fin de representarla con viveza al lector. Estos elementos se prestan de modo admirable para al-

canzar el objetivo de la evocación del pasado, que los arranques líricos de Vicuña Mackenna y los racionios de Errázuriz y de Barros Arana, perturban cuando introducen en la narración un elemento subjetivo, que a la larga cansa.

Como se ve, el autor condena la entrada del documento crudo a la historia; niega el carácter de tal a la simple acumulación de datos; y confina a la investigación las rectificaciones de hechos y la rebusca de novedades. El choque con la orientación que ha prevalecido en nuestra literatura histórica durante los últimos tiempos no puede ser más violenta; pero no ocurre lo mismo respecto de Barros Arana. El ilustre maestro procuró siempre dirigir el contenido de los documentos y su ideal fué la simbolización del pasado en los propios datos suministrados por ellos. Si no obtuvo mayores éxitos, si se vió forzado a abusar del racionio, culpa fué de su falta de imaginación evocativa y de dotes artísticas, y no de la discreción, que fué excelente.

Aquí termina el acuerdo y empieza la oposición de fondo, irreductible, que necesariamente los conduce a representaciones muy distintas de nuestro pasado.

La *Historia General de Chile* está construída sobre el sólido andamiaje ideológico y sentimental del autor y de su época. Como se ha dicho con mucha exactitud, la interpretación histórica estaba producida antes que el autor compulsara los documentos. Su trabajo consistió en verificar su verdad material y encuadrarlos en los casilleros de la armazón preconcebida, mediante un hábil trabajo de taracea. La obra de Encina carece de armazón ideológica. A su juicio, la historia, como todas las manifestaciones de la vida, supera a los sistemas filosóficos, morales y políticos, simples creaciones pasajeras del hombre. Piensa con Charles Letourneau que «los sistemas pasan y los hechos quedan». Sin perjuicio de llevar la visión del pasado hasta donde sus fuerzas cerebrales se lo permiten, lo encara por encima de las ideas y de los sentimientos de su época. Es una

concepción tan atrevida como peligrosa, que racionalmente debió conducirlo a un fracaso estrepitoso. No es posible representarse los contornos y los relieves de una selva desde el fondo del matorral que nos aprisiona; pero tampoco es posible representársela desde la estratósfera. Las dotes artísticas del autor le permitieron sortear el peligroso escollo. Su pluma imprime a los hechos, a los sucesos y a los hombres tal animación e intensidad de vida que casi no se advierte la ausencia del marco ideológico y sentimental subjetivo en que necesitamos encuadrar el pasado para representárnoslo. Parece que una obra que enfoca los acontecimientos desde más allá de los morales, de las creencias religiosas, de los credos políticos y de los sentimientos patrióticos, debería producir una sensación de frío metálico. Pero el áspero proceso de la formación y del desarrollo del pueblo chileno se destaca con tal energía, llena tan completamente el hueco que deja la ausencia de los andamiajes tradicionales, que el libro resulta un himno a la energía creadora; en vez de conducir a la indiferencia moral y cívica, infunde una sensación de confianza en nuestros destinos y empuja a proseguir la obra iniciada por nuestros predecesores.

La distancia se agranda todavía con el diverso camino que ambos historiadores recorren. Barros Arana, más que por error de criterio como por defecto de documentación, se vió obligado a ceñirse demasiado a las Leyes de Indias y a transportar a Chile lo que ocurría en los demás países de América. Encina arrumba la legislación para atenerse sólo a la realidad viva, tal cual surge de los abundantes documentos de que ha dispuesto, gracias especialmente a la completísima colección de Medina. Y así resulta que, mientras ateniéndonos a las Leyes de Indias, el comercio con los extranjeros era castigado con la pena de muerte, y el raciocinio de Barros Arana supone que los países hispanoamericanos vivían en entredicho comercial con el resto del universo, fuera de España, en la realidad, en los 209 años que duró la Colonia no se ahorcó a ningún criollo por este de-

lito; y por la vía del contrabando tolerado, desde el comienzo del siglo XVIII. Chile recibió siempre más mercaderías extranjeras de la que podía consumir. En la *Historia General de Chile*, el país gime bajo el despotismo político y el peso de derechos arancelarios prohibitivos. En la obra de Encina, los criollos sólo cumplen las leyes y las órdenes reales que le place cumplir a la alta burguesía, y disfrutan de más libertad que los europeos de su época. La inícuca explotación de las colonias por la metrópoli no pasa de ser una fantasía elaborada por la *leyenda negra* sobre el régimen colonial español. En su lugar, surge una expansión de España en América, a la cual transportó su propio contenido. Las trabas del desarrollo de algunas industrias, impuestos en obsequio de la manufactura española, quedaban, casi siempre, en el papel; en Chile apenas se conocieron; y en ningún caso bastan para imprimir la fisonomía de una explotación económica sistemática de las colonias por la madre patria. En cuanto a los derechos aduaneros, en el último cuarto del siglo XVIII, eran casi cinco veces más bajos que los implantados por la República. Según Barros Arana, la administración de justicia fué lenta y torcida. Según Encina, la lentitud, casi siempre, provenía de la chicana de los litigantes, y en general, era correcta. En lo criminal, estaba impregnada de un fuerte espíritu de caridad cristiana, que contrastaba con la rudeza de los caracteres y con los procedimientos legales; tenía mucho de paternal, era rápida y tendía más a la enmienda del delincuente que al cumplimiento de la sanción.

En la *Historia General de Chile* el régimen colonial es virtualmente el mismo en toda la América. Según Encina, en razón de la guerra de Arauco, de la índole de las producciones, de las características de sus aborígenes y de su ubicación geográfica, Chile tuvo un régimen propio, que influyó enérgicamente sobre el desarrollo histórico del siglo XIX, y que se destaca con relieves poderosos de los nuevos documentos. Desde el verdadero punto de vista histórico, este aserto tiene más trascen-



dencia que un millar de pequeñas rectificaciones de fechas, cantidades, nombres, números de soldados, etc., etc.

La representación de la Colonia en Barros Arana es una imagen fija, que surge del contraste entre el presente del autor y las grandes líneas de un pasado inmóvil, que su raciocinio encuadró en el recio andamiaje de su ideología y de sus sentimientos. Su fisonomía espiritual es la misma en 1541 que en 1810. El proceso de formación de la sociedad y de las instituciones y del desarrollo de la riqueza y de las fuerzas espirituales, queda aplastado por la abstracción convencional. Amunátegui y Vicuña Mackenna extremaron esta visión estática; y el último la esculpió en la célebre frase: «La Colonia sólo fué una larga siesta dormida a calzón quitado».

En cambio, a través de los documentos originales, la Colonia se representa a Encina como una caldera en que hierve a borbotones el impulso creador. Un nuevo pueblo emerge a la vida que se crea a sí mismo con pasmosa rapidez. Todo es en ella movimiento y cambio. La gran dificultad del historiador, lo que le obliga a emplear cuatro o cinco volúmenes en una tarea que desearía encerrar en uno, es precisamente la dificultad de representar al lector el continuo cambio de las instituciones y de la fisonomía material y espiritual de la sociedad. Mal de su grado para no marear tiene que espaciar los cambios y que materializar con ejemplos y datos concretos sus complejas repercusiones. Entre la sociedad de comienzos y la de fines del siglo XVII, hay poco de común; y el esbozo de los cambios que sufrió hasta 1810, con ser menores, exige varios capítulos. El ritmo general se cumple lo mismo en lo trascendental que en lo meramente pintoresco. Así, las exageraciones de Vicuña Mackenna sobre las pependencias en la vida civil y religiosa, se aproximan a la realidad si se las refiere a la segunda parte del siglo XVII, y se divorcian violentamente, si se las traslada al final del XVIII.



A estos grandes desacuerdos de fondo, se me une otro de forma, que arranca de los cambios producidos en la historiografía en el medio siglo transcurrido entre la aparición de ambas obras. En la época de Barros Arana aun no se había dividido el trabajo histórico en investigación y en historia, ni era posible hacerlo en los medios intelectuales incipientes como el nuestro. Cada cual tenía que buscarse los materiales, criticar su contenido y convertirlo en historia. No disponiendo de colecciones ordenadas, de documentos ni de trabajos de crítica histórica a los cuales referirse, el historiador tenía que exhibir el cañamazo de su obra, con numerosas citas y disertaciones críticas, que asesinan la representación del pasado. Es necesario reconocer que Barros Arana abusó de estos recursos, que la división del trabajo convertía en una necesidad ineludible. Con demasiada frecuencia, los emplea por el simple placer de lucir su erudición; se propuso, también, hacer de su obra una fuente de informaciones bibliográficas para el uso de los futuros historiadores, desideratum que se excluía con el ideal de la historia, como representación del pasado.

Encina va más allá que Barros Arana en las exigencias de la solidez en el cañamazo que debe respaldar la creación histórica, pues repudió el empleo del raciocinio, de las presunciones y de las analogías de que el maestro hizo tan amplio uso para suplir las grandes lagunas de la documentación de su época. La mejor crítica no dispensa al historiador del estudio de los documentos. Pero este trabajo no debe aparecer en la historia. La imagen del pasado debe recubrirlo por completo. Basta una breve enumeración de las fuentes contemporáneas que se han explotado. Las discusiones sobre los hechos y los esclarecimientos de las contradicciones son del resorte de la investigación y de la crítica histórica. El exceso de citas, si no es una simple pedantería, refleja una indigestión intelectual. Cuando el cerebro estruja a fondo el contenido de los documentos y logra organizarlos en una representación definida, sólo sobrenada el

corto número de datos, sucesos y hombres que lo encarnan. Por el contrario, cuando el cerebro no logra alcanzar ese resultado, se sobrecarga con una avalancha de datos y de hechos, cuyo significado histórico no se le representa y tiende a descargarse de ellos por las vías de las citas, o de su reproducción sin finalidad útil. En cambio, en la investigación, todo documento debe llevar su origen en el encabezamiento o al pie; y en las obras de crítica histórica o de polémica, nunca se pecará de minucioso en las pruebas de los asertos y en las citas de las fuentes.

Igual criterio debe presidir en la bibliografía. Su lugar propio está en la investigación. En la historia no sólo es un elemento perturbador, sino un estímulo a la repetición gregaria, una invitación a escribir historia sobre historia.

La investigación y la crítica histórica son trabajos preparatorios de la historia, que sólo interesan a los especialistas y que no pueden diferenciarse de la forma. En cambio la historia es una representación de nuestro pasado destinada a todos los que abrigan la curiosidad de conocer lo que hemos sido, desde el estadista y el profesor hasta la mujer y el joven. Nunca se pecará por exceso de solidez en el fondo; pero, si no se logra vaciar ese fondo en una creación artística, de lectura amena y poderosamente evocativa, la obra estará fracasada.

Tal es el criterio que preside la nueva historia de Chile. Réstanos sólo decir que, aunque el autor no busca la novedad ni la explota, con frecuencia el desarrollo histórico y los personajes toman una fisonomía muy distinta de la tradicional. La Reconquista aparece bajo un aspecto enteramente nuevo, que alumbra sucesos que hasta hoy permanecían inexplicados. Carrera y San Martín se destacan con caracteres tan insospechados, que en los primeros momentos van a producir una sensación de desconcierto, y tal vez, a originar, protestas. Contrariamente a lo afirmado por la historia tradicional, el fracaso del primero en el Perú no fué la consecuencia de la exigüidad de

la expedición, sino de su estado físico y cerebral en los momentos de embarcarse en Valparaíso en 1820. Aunque se reconoce que hasta la victoria de Chacabuco fué la cabeza mejor organizada entre los libertadores de América, como consecuencia de las dolencias físicas y del abuso del opio, en 1820 ya sólo era una sombra del general de los Andes. Había perdido el don de mando y la sagacidad; y su cerebro, empañado por el opio, funcionaba al margen de la realidad y estaba sujeto a obsesiones. Se echó en brazos de Monteagudo; y el célebre mulato se representa a Encina destituido de instinto y aún de juicio político, a pesar de su poderoso intelecto y moralmente bastante peor de lo que la historia lo había pintado. No había dejado error por cometer. Su juicio casi excede en dureza al de Barros Arana. La incoherencia cerebral de San Martín, en sus períodos álgidos, llegó hasta incapacitarlo para formar el más sencillo plan militar y obrar de acuerdo con él. Tres veces pudo concluir con los realistas y consolidar la independencia del Perú en condiciones militares más favorables que las de Sucre en Ayacucho, y tres veces se abstuvo de hacerlo, a consecuencia de su perturbación cerebral. Lo que escribieron Arenales, Cochrane y Miller concuerda rigurosamente con los documentos. La sospecha de Vicuña Mackenna, desdeñada por la historia, con excesiva ligereza, aparece confirmada por datos que el gran intuitivo no conoció.

Otra novedad de bastante bulto surge de la nueva interpretación del período histórico de 1823-1830. La clásica lucha entre liberales o pipiolos y pelucones o conservadores, queda relegada a la categoría de los mitos políticos. En su lugar, surgen nuevos bandos, que se mueven a impulsos de afecciones personales, de intereses o de ideas y tendencias enteramente distintos de los que imaginó la historia del siglo XIX, representándose por la ideología de su presente: pelucones y aristócratas, pelucones doctrinarios, liberales aristócratas, (Pinto, Campino, etc.) liberales populacheros, (Carlos Rodríguez, Vicu-

ña, etc.) carrerinos, O'higginistas, la pandilla (Novoa, etc.), los federalistas y los estanqueros. Los pipiolos no formaban un bando político. La denominación se aplicaba a un elemento fluctuante de escaso juicio y algo ridículo, que hacía cola a los bandos de gobierno.

La anarquía es la resultante de la ruptura de la tradición, del cambio de régimen monárquico al republicano, en un país que carecía de las aptitudes necesarias para practicar la democracia en cualquier forma; de la repugnancia de la aristocracia por las dictaduras personales, aún en su forma moralmente elevada; y de la ausencia de ideas exactas y realistas sobre lo que era el gobierno y de la falta de la práctica de él, aún entre los hombres más cultos e inteligentes, como Egaña, Pinto, Campino, Benavente, etc. Encina, en este punto, ha comprobado un hecho que hasta hoy se había disputado como una simple salida de la desdeñosa soberbia de Lastarria. Todos los hombres sensatos sabían que la monarquía era una forma espiritualmente muerta; que la democracia era impracticable; y la dictadura les era antipática: pero nadie acertaba a idear una nueva forma de gobierno. Otra novedad es el hecho, demostrado con una abundancia de datos abrumadora, de que la descomposición política y moral del país, y el desastre de la inmoralidad administrativa venían desde el gobierno de O'Higgins. El segundo fenómeno fué, inicialmente, la consecuencia del cambio personal español, probo y apto, por otro patriota, improvisado y sin espíritu de deber.

Encina había insinuado estos puntos de vista muy superficialmente en *Portales*, como una simple impresión producida por el primer examen que hizo de los documentos hacia 1904-1905. En esta historia, fruto de un segundo trabajo documental mucho más hondo y completo, se destacan con gran relieve a la luz de los hechos concretos y de una documentación muy abundante. Se advierten, también, algunas rectificaciones en los aspectos secundarios de los hombres y de los sucesos.